

EL BUEN
COMBATÉ

1896

7A-599(2)

¿NO ES HORA TODAVÍA?

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR



CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1896

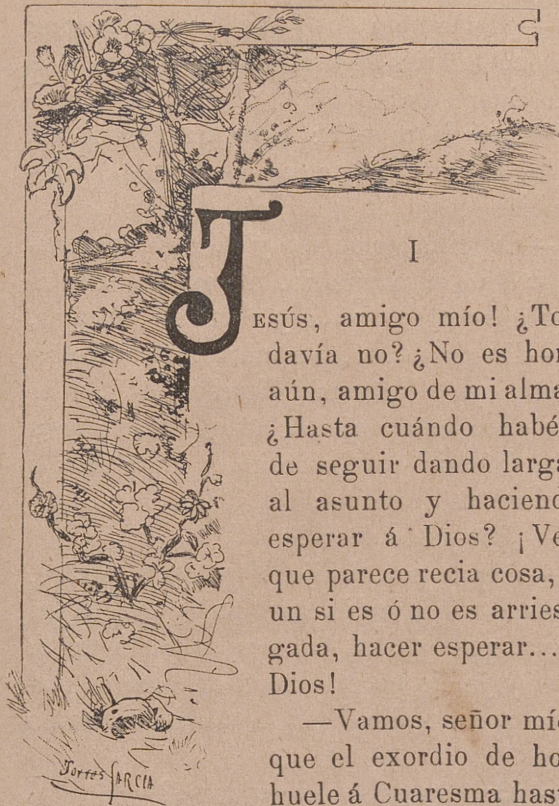
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25332

MCD 2022-L5

Es propiedad





I

JESÚS, amigo mío! ¿Todavía no? ¿No es hora aún, amigo de mi alma? ¿Hasta cuándo habéis de seguir dando largas al asunto y haciendo esperar á Dios? ¡Ved que parece recia cosa, y un si es ó no es arriesgada, hacer esperar... á Dios!

—Vamos, señor mío, que el exordio de hoy huele á Cuaresma hasta no poder más. ¡Como se acerca...!

—¡No, sino que había de oler ¡válgame el cielo! á Carnaval! Ya se ve; ¡como para vos y para muchos como vos resulta Carnaval todo el año!

—¡Como para vos y para los beatos como vos no se diría sino que ha de ser todo el año Cuaresma!

—Así fuera ello; pero transijamos el caso, y partamos, como se dice, la diferencia.

—Conciliador os veo y menos intransigente que de ordinario. A ver en qué consisten esa transacción y corte de cuentas.

—En poca cosa, por cierto. En que seáis hombre de Cuaresma, siquiera el tiempo que para esto destina la Iglesia, si hasta aquí fuísteis en Cuaresma y fuera de ella hombre de Carnaval.

—¿Por mí lo decís?

—Dígolo por el hijo de vuestra madre, y perdonad la indirecta y modo de señalar. Vaya, que es hora ya, y no pega á vuestra edad y juicio hacerse tanto de rogar en materia que á nadie interesa tantísimo como á vos.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada, sino lo que digo, y ni una palabra más. ¿Hagamos aquí entre los dos una apuesta?

—Venga, ya que andáis hoy tan de buen humor.

—Como que sí, á pesar de las austeridades cuaresmales. ¿A qué no me decís lisa y llana la verdad, tocante á una preguntita que voy á hacer os?

—Hacedla al momento.

—¿Podéis mirar, siquiera cinco minutos, de frente á un Crucifijo y decirle: Señor, estoy dispuesto á cualquier hora á presentar mi alma ante vuestro soberano tribunal?

—¡Hombre!

—No hay hombre ni mujer que valgan ahora; pues en su día ni mujer ni hombre del mundo os habrán tampoco de valer. Responded al acto.

—Pues digo, que no es cosa para resuelta sobre la marcha, y que necesita bien su poco ó mucho rato de reflexión.

—¡Gracias á Dios, que os llevé por vuestra misma boca al terreno del buen sentido práctico en que os quería! Decís bien; un rato, ó mejor, varios ratos de reflexión necesitan esas cosas, que realmente son algo más serias que las que suelen ocuparnos toda la vida: ¿y para cuándo aguardáis vos buscaros ese rato? Niño fuísteis, y no era ocasión aquella, según vos, más

que de pensar en niñerías. Mozo después, y convinisteis con el mundo, demonio y carne, en que no habíais de pensar entonces más que en bromas y jolgorios de la mocedad. Hombre maduro luego, y os absorbieron los negocios y el cuidado de la familia. Tampoco era este el tiempo oportuno. Vais ya para viejo, y tampoco os parece que sea al presente sazón para esto, según os traen malhumorado achaques mil que empiezan ya á cuartearos por cien puntos el cuerpo, anunciando próxima inevitable ruína. ¿Cuándo, pues, habrá de ser la ocasión de darle á lo que decíamos *el rato*, que vos mismo acabáis de reconocer se necesita de toda necesidad? ¿Cuándo le va á tocar el turno á vuestra alma? ¿Cuándo le va á tocar, desdichado, el turno á vuestro Dios? Pues, digo que hoy va á ser el día, ¡ó tal vez no va ya á serlo nunca!

—¿Me fijáis plazo?

—De ninguna manera. No soy para tanto. Sólo quiero no seáis vos tan atrevido (tan insolente y temerario iba á decir) para fijar esos plazos á Su Divina Majestad.

—¿Cómo se entiende?

—Como suena. Eso hacéis; y que es una

insolencia y una temeridad lo prueba el mismo horror con que rechazáis la palabra. Eso empero hacéis, vuelvo á decir, y poco me ha de costar dejároslo evidenciado. ¿Qué se os figura que hace quien guarda para la hora de su muerte, para aquella hora precisa, el convertirse á Dios, sino emplazar á Dios, (al mismo Dios, reparadlo bien), á que se venga El á nosotros, á la hora que nosotros le señalemos; en vez de ir nosotros á El, á la hora que se digne El señalarlos? Porque, supongo comprenderéis que la conversión es una reconciliación, y que para eso habéis de ser dos; la parte ofensora y la parte ofendida; la parte que ofrece satisfacción y la parte que la acepta; la parte que pide humildemente perdón y la parte que misericordiosamente lo otorga; la parte que tiende arrepentida sus brazos y la otra parte que alarga amorosa los suyos, para que se verifique el mutuo abrazo de paz. Habéis, pues, de ser dos, y no os bastáis uno solo. Y decid, ¿no es una insolencia querer que Dios se venga, por decirlo así, á los plazos que vos le dais, en vez de iros vos corriendo á los que El se digna señalaros? ¿No es bastante honra para el gusano y el siervo

ser llamado y convidado al abrazo de paz, sino que ha de tener éste la necia pretensión de imponerle humillantes condiciones de forma, lugar y tiempo? A un reo de pena capital á quien se brindase por el soberano con el indulto, ¿estaríale bien que contestase orgullosamente que irá á acogerse al mismo cuando y en la forma y sitio que á él se le antoje? ¿No merecería el tal que se le retirase al momento gracia tan mal agrada, y que se le negase cuando después en último apuro fuese corriendo otra vez á demandarla?

—Indudablemente habéis puesto la cuestión en un terreno que no admite réplica, si la réplica ha de ser razonable. Mas, decidme: no está bien por cierto que yo le señale á Dios los plazos caprichosos que habéis dicho. ¿El, empero, me los ha fijado á mí, como parece habéis indicado?

—Sí, y por esto es, además de insolencia, temeridad querer arrogaros vos el derecho de señalarle plazos á El, despreciando y no aceptando los que El se ha dignado señalaros á vos.

—¿Cuáles y cuándo?

—Tened paciencia, y seguid leyéndome, si queréis tener cumplida respuesta.

II



LA misericordia de Dios no declara desahuciado al pecador, mientras éste tenga aliento de vida. El último minuto de ella puede ser de salvación y de gracia para el alma más endurecida. Todo esto es verdad. Pero también lo es, que nadie puede contar como seguro aquel último minuto, de suyo incierto y problemático, y que es gran necedad, es suma locura aventurar nuestra suerte eterna á ese azar, al que no expondríamos, por muy poco avisados que fuésemos, el más insignificante de nuestros temporales intereses. Así que, vuelvo á lo que antes os dije. No queráis fijar neciamente plazos á Dios, exponiéndoos á que Dios no se resuelva á venir á vuestros plazos. Tened por más prudente acomodaros á los plazos que El os da, que éstos son, amigo mío, los asegurados y de toda confianza.

—¿Y cuáles son éstos?

—Muy claramente nos los ha fijado en repetidos textos del Santo Evangelio. En él



no se cansa de advertirnos «que vendrá como ladrón á la hora que menos pensemos;» que velemos «como criados que aguardan á altas horas de la noche á su señor;» que

«trabajemos mientras es de día, y antes que sobrevenga la noche en que no será ya posible trabajar.» Y en otros lugares nos intima que «vendrá presto,» que «no tardemos en convertirnos á El,» y que por fin, «si oyéremos hoy su voz no endurezcamos nuestro corazón,» para dejar de seguirla. De todo lo cual se desprende que el plazo *seguro*, ofrecido por Dios para admitirnos á su reconciliación, es únicamente la hora presente; ésta es la sola de que podemos disponer, no la de mañana, no la de veinte años más allá, no la de momentos antes de morir, que no tenemos absolutamente á nuestra mano, y que nadie nos garantiza. Os quisiera en eso, amigo mío, solamente tan prudente y racional como soléis ser en cualquiera de los negocios importantes de vuestra vida, que todos son de menor cuantía comparados con ese de la eternidad. Tengo para mí que en ninguno de ellos jugaríais con tan escasas probabilidades de éxito como jugáis en éste, portándoos del modo que os portáis.

—Ciertamente.

—Toda vuestra confianza se funda en un «puede ser,» sobre el cual no os permiti-

ríais basar cálculo alguno. «Puede ser (decís) que viva todavía muchos años; puede que para eso tenga tiempo á la hora de la muerte.» ¿No sería más lógico en materia de posibilidades presuponer estas otras? «¡Puede ser que no tenga más tiempo que el de hoy! ¡puede ser que me sorprenda la muerte de improviso!» ¿Cuáles de estas posibilidades son las más probables?

—Evidentemente las segundas.

—¿Cuál de estas probabilidades ofrecen menos riesgo en caso de resultar equivocadas?

—También estas segundas.

—Agarraos, pues, á éstas, y no las soltéis en manera alguna, ni fundéis sobre otras el edificio de vuestro eterno porvenir. Es más posible que muráis presto, que no que tardéis en morir; es más fácil que os sobrecoja de súbito la muerte, que no que anticipadamente se os advierta de ella. Si dispuesto á morir hoy ó mañana, tardáis años y años en morir, nada perdéis en haber arreglado previamente vuestros asuntos para este trance; si pensando que os ha de sobrevenir la muerte impensada, os viene al revés muy advertida, en nada os perjudicó esta feliz equivocación.

—Es gran verdad.

—Mas si, al revés, presumiendo tener á vuestra disposición largos años, no se os conceden ni escasos minutos; si pensando que Dios os ha de mandar atento recado, avisándoos de cuando habéis de morir, os encontráis con que este ladrón de la muerte os dió antes el asalto, y os cortó la retirada, ¿no lo arriesgáis todo?

—No lo puedo negar.

—Sed, pues, práctico, sed razonable, sed hombre siquiera de buen sentido, ya que no de fervor y de piedad. No pretendo exhortaros á ser hidalgo y generoso con Dios, como debierais á fuer de buen cristiano. Tan sólo os encargo seáis egoísta y atento únicamente á lo que demanda vuestro personal interés. De vos se trata y de nadie más, y tan sólo de vuestra suerte. Negocio es éste que vos solo habéis de resolver, con el auxilio de la divina gracia, nó vuestros amigos, nó vuestros padres, nó vuestros hijos y hermanos, nó vuestro mismo Dios por vos. Tan á vuestro arbitrio ha puesto Dios la definitiva elección para el cielo ó para el infierno, que ni aun á su mismo omnipotente poder ha autorizado

para que os haga en eso violencia. Os salvaréis si lo queréis de veras; pero si de veras no lo queréis, no os salvaréis. Y quererlo de veras es quererlo *ahora*, resolviendo *ahora* poner los medios, y poniéndolos *ahora* sin otra dilación; porque del capital preciosísimo del tiempo, este de *ahora* es el único con que podéis contar. Y permitidme concluir hoy con una comparación ó semblanza...

—Vamos, venga ese *mot de la fin*.

—Si para salir bien de un conflicto en que os va la honra ó la vida, necesitaseis una fuerte cantidad de dinero, ¿de quién os fiaríais más: del que en buena moneda contante y sonante os la pusiese en las manos, ó de quien os diese en vez de ella un billete de la lotería, que es posible salga premiado en el sorteo y por ende os proporcione el día de él la cantidad dicha?

—¡Hombre! no fuera dudosa la respuesta. Venga, diría cualquiera, la moneda en efectivo, y salgamos luego con ella del mal paso; que en lo otro del billete y del sorteo no hay que fiar.

—Bien dicho. No hay que fiar en billetes y sorteos para una operación en que

me va la honra ó la vida, pudiendo disponer de dinero á mano. Tampoco hay, pues, que fiar, de años inciertos, que son los que tontamente ofrezco á Dios, en vez de los ciertos, que son los presentes con que su misericordia me brinda. Lo dicho, amigo mío: no hagáis depender de un azar de lotería el asunto gravísimo de vuestra salvación!!!

III



o recordáis, amigo mío, un rótulo ó muestra, que á veces ponen en sus tenduchos, algunos guasones taberneros, mal avenidos con que vayan allá á beber sin pagar, á pretexto de fiado, ciertos poco escrupulosos parroquianos?

—¡Vaya una salida! Como vuestra al fin.

—No es salida sino entrada, que le cuadra perfectamente á nuestro asunto, como muy luego vais á ver. Digo, pues, que en muchas tabernas y figones habréis leído



un letrero ó cosa tal, que en más ó menos correcta ortografía reza lo siguiente: «Hoy no se fía, mañana sí.»

—En efecto, es muy común en los bodegones de nuestra tierra.

—Vamos ahora al caso. ¿Creéis que el marrullero autor de tan caritativa advertencia quiso decir con eso, que alguna vez dará fiado el vino ó aguardiente de sus cubas y botijos?

—No, sino que nunca los dará más que al contado y á toca-teja.

—¿De suerte que aquel *mañana* del rótulo, en su verdadera intención quiere decir *nunca*?

—Ni más ni menos, supuesto que si cualquier día va un bobo á pedir vino sin dinero en mano, diránle que está bien, pero que vuelva *mañana*, esto es, en día que no sea *hoy*; y como el día en que tal cosa se pida siempre será *hoy*, nunca se realizará la consabida promesa. ¿Veis ahora la analogía del cuento?

—Ajusta perfectamente: no lo puedo negar.

—Así parecen haberse con Dios ¡nada menos que con Dios! los pecadores que re-

husan convertirse *hoy*, prometiéndolo siempre para un *mañana*, que como el del tabernero ha de resultar sinónimo de nunca. O mejor, así se ha el diablo, que sabe de tretas como el más listo tabernero, con los infelices pecadores, poniendo ante sus ojos el letrero embaucador en que les dice: «Hoy no vayas á confesarte; mañana ú otro día ú otro año, ó á la hora de la muerte, sí.» ¿Estáis viendo clara como el día la trampa? ; A cuántos infelices ese *mañana* ha servido de anzuelo en manos del diablo, para que los lleve el maldito al infierno, falazmente embobados con él! Si les dijese: «No te conviertas nunca,» horrorizaríales la proposición, y se reaccionaría contra ella su alma, que no ha renegado aún de toda fe y de toda esperanza. Diciéndoles: «Ya te convertirás mañana,» es poco más ó menos igual el resultado, y quédase el pecador tan tranquilo y satisfecho, como si por el mismo Dios se le hubiese otorgado salvoconducto, para ir tirando con el pecado á cuentas, unos años más. Es éste como un adormecedor de las conciencias, para que no las traiga saludablemente desveladas é inquietas el remordimiento. Figúrasele al

pobre narcotizado que ha de serle muy fácil algún día lo que reputa hoy erizado de toda clase de dificultades, y tiene bastante con esta ilusión para ir dando largas al negocio, cuando precisamente eso ha de acrecentar cada día más y más su dificultad. Paraos un momento en eso, que es fundamental. El que tiene que arrostrar algunos obstáculos para vencerse á sí propio y abandonar el pecado, los tendrá que arrostrar mucho mayores, conforme éste haya echado más hondas raíces en él y se le haya convertido de acto pasajero en inveterada costumbre, y de inveterada costumbre en una como segunda naturaleza.

—Es indudable.

—Y de sentido común. Arrancar de cuajo un arbolillo tierno y recién plantado, cuando á su rededor está aún removida y esponjosa la tierra, es obra de mediano esfuerzo. Un niño basta quizá para eso. Después de algunos años, robusto y envejecido su tronco, extendidas á gran trecho y entrecruzadas al través de mil accidentes del terreno sus raíces, será ya imposible á humanas fuerzas. No quedará otro recurso;

para quitarlo, que aplicarle al tronco la afilada segur.

—Acertasteis en la comparación, y comprendo el significado de la última palabra.

—Sí, amigo mío, sí, y quiera el cielo no sea para vos profecía. Quiere Dios trasplantaros de mal á buen terreno, y rehusáis vos cuando no sería hoy más que cuestión de buena voluntad y de auxilios ordinarios de su gracia divina. Preferís guardarlo para días á venir, cuando no sean ya bastantes ordinarios impulsos, y sean indispensables los medios extraordinarios, es decir, el milagro.

—¡No tanto!

—El milagro, sí, amigo mío: y no lo digo yo, sino San Agustín, testigo de ello por experiencia propia. Dice, en efecto, este gran Doctor, parecerle más prodigiosa la conversión de un pecador encallecido en los malos hábitos, que la resurrección de un muerto. ¡Eso pedís, y eso aguardáis, y á ese extraordinario y por ende raro y fenomenal prodigio, que Dios no ha prometido á vos ni á nadie, fiáis vuestra salvación! ¡Ved si la traéis con eso más que medianamente en peligro!

IV



OBJETARÉIS, tal vez, que la misericordia de Dios es inagotable, y que hasta la muerte espera ella al pecador?

—Sí, eso iba á decir, y creo que ha de ser de algún peso á mi favor en la presente controversia. No oigo otra cosa en los púlpitos, ni otra cosa leo en los libros ascéticos, ni faltan de eso repetidos ejemplos en las historias. No se cansa Dios de esperar, como al parecer pretendéis vos, más celoso que El mismo de su honra, y perdonadme la expresión.

—Perdonado quedáis, amigo mío. Así os perdona Su Divina Majestad los desatinos, por no decir blasfemias, que acabáis de echar por esa boca contra el más adorable de sus atributos, cual es el de su infinita misericordia. Porque advertid que esta mi-

sericordia es para los que humildemente la solicitan, nó para los que impiamente la escarnecen: motivo debe ser de aliento y confianza para el contrito pecador, nó cómplice de sus iniquidades, y oficioso encubridor de su mala fe, y muro y barricada, detrás de la cual se parapete él para más á su salvo ofender, con cierta como prenda de impunidad, á su mismo bondadosísimo Señor. A tanto no llega la clemencia de Dios como á que se preste á ser tan ridículamente explotada en daño de sus propios divinos intereses, si se me pasa ésta, tal vez demasiado humana fraseología. Espera Dios, pero no siempre, sino tan sólo hasta la hora que señaló su eterna justicia, en nada opuesta á su infinita misericordia. Misericordia y justicia son en Dios hermanas siempre, y la una completa y perfecciona la otra; nó como en el hombre, en el cual frecuentemente apenas puede la una ejercerse sin que sea de la otra en daño y menoscabo. Os esperó Dios hasta hoy; ¿creéis que no es ésta suma bondad y clemencia suma? Os esperó, repito, hasta hoy; más aún, os solicitó, os buscó, os mandó toda suerte de requisitorias y reclamos y

embajadas, una de las cuales es tal vez la presente excitación con que á vos me dirijo; llegó á hacerse como mendigo y pordiosero de vuestro amor, como si á El y no á vos importase algo el que salieseis ó no perdonado; como si no fuese El el ofendido y no fueseis vos el ofensor. Ya sabéis que, según todas las leyes de humana equidad, el que hizo la ofensa es el que debe buscar la reconciliación, y otorgarla el agraviado. Mas aquí, con una suerte de feliz viceversa del todo divina, se hace lo contrario. El que os pide el abrazo de paz es vuestro Dios injuriado; el que impíamente se lo niega ó por lo menos anda regateándose, sois vos su injuriador. Desde la cruz en que le pusieron vuestros pecados os llama El; desde el charco vil de estos mismos pecados os hacéis vos del tarro y del cicatero, contestándole que por ahora nó. Y este *por ahora nó*, lo fundáis ¡oh indignidad! no en ser vos muy malo, que ésta es la verdadera causa, sino en ser El muy bueno, que debería ser precisamente razón decisiva para no hacerle esperar. ¡Ved cuántas injusticias y cuántas groserías y cuántos absurdos en esta vues-

tra ridícula apelación á la divina misericordia!!!

—¿No se ha, pues, de hablar de ella, ni invocarla, ni contar con ella?

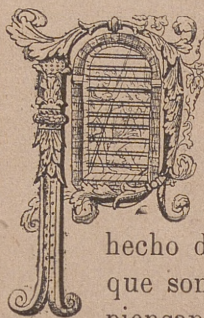
—¡Ah! sí, pero como ella quiere ser invocada, y como ella quiere que con ella se cuente. ¡De este modo, sí; de otro modo, nó! Para que al pobre pecador deseoso de no serlo más, no le hunda en la negra sima de la desesperación el horror de sus pasadas culpas; para que al ir á llamar tembloroso á las puertas de la divina clemencia, no le haga retirar la mano de la aldaba la vergüenza de su iniquidad que lealmente detesta; para que vuele, solícito, desalado, impetuoso á abrigarse en los brazos del Padre y en el corazón del amigo, el que por fin se convenció de que debe sin dilaciones ni regateos arrojarle allá. Para vos, para vos mismo, está accesible, está pronta, está aguardando impaciente esta divina misericordia, si abrigáis tales disposiciones; nó, si habláis de ella para solamente burlarla; nó, si de propósito os reserváis invocarla cuando estéis cansado de herirla con estudiada y calculada alevosía. Esta noción de la clemencia de Dios, con que

queréis vos autorizar y garantizar el pecado, no os la da la Iglesia, ni os la predicán sus ministros, ni os la enseñan sus libros. Es un concepto arteramente falsificado que os sugieren para sus fines el demonio, falso predicador, y el mundo y la carne, sus socios en comandita, nó cierto para que os convirtáis más tarde, sino para que no os convirtáis jamás.

—¿Jamás? Fuertecilla es la palabra y os la desmienten, por fortuna, sobrados ejemplos. Danse casos cada momento de conversiones aplazadas de día en día toda la vida, habiendo sido ésta muy larga y muy escabrosa, y realizadas, sin embargo, con toda felicidad en la hora de la muerte. De eso también se predicán consoladores relatos y se leen edificantes sucedidos.

—Está bien. ¿Es ésta vuestra última trinchera, y éstos los últimos cartuchos con que defendéis desde ella vuestro derecho, llamémosle así, á la impenitencia, y de consiguiente á la condenación? ¡Desdichado! También en eso espero poder satisfacer cumplidamente á vuestro reparo, y desalajaros de este postrer miserabilísimo reducto.

V



RESENTÁIS, amigo mío, en abono de vuestra insensata terquedad en desoir la voz de Dios, que os llama á pronta reforma de vida, el hecho dolorosamente ciertísimo, de que son muchos los que en eso no piensan hasta la hora de la muerte. Y así ya no os parece tan aventurado el esperar, ni tan poco garantido el éxito definitivo de vuestras arriesgadas dilaciones. De eso se trata, ¿no es verdad?

—Ciertamente, y ya veis que contra los hechos no hay retóricas que valgan.

—En efecto, si los hechos resultan tales como se quiere que sean. Porque hasta aquí yo no veo indudable y fuera de toda discusión más que uno: el de que si eso fuera verdad como pretendéis, el arduo problema de la salvación sería la cosa más llana. Se reduciría á pasarse el hombre bonitamente treinta, cuarenta ó sesenta años

en la mayor disipación y con todos los ensanches de conciencia imaginables, y luego, unos minutos antes de morir, echar por esa boca las breves frases de un acto de contrición, y con tan sencillo avío, salirse con viento fresco para el otro mundo. Realmente habría hallado el pecador la piedra filosofal para vivir á su antojo, y no pasaría de ser un tonto de más ó menos calibre el que durante la vida se preocupase poco ó mucho por atender con buenas obras á la salvación de su alma. ¡Si al fin tan á poca costa, casi de balde, se la han de dar!

—Burlón estáis, y algo más de lo que corresponde á cosas tan serias.

—Es que no me burlo, amigo mío, de las cosas serias á que aludís. Me burlo, sí, del poco serio expediente con que tratáis vos de resolverlas á vuestro gusto y conveniencia. Ahora bien: emprendiendo tratarlas con la seriedad con que merecen ser tratadas, sabed, amigo mío, que estáis en un error, si creéis que son muchas las conversiones en la hora de la muerte. Os digo al revés, que son pocas, muy pocas, tan pocas, que deberían llenar de pavor por su

corto número el alma de los que retardan la suya, así como llenan de desconsuelo á los que ordinariamente están obligados, por su delicado ministerio, á poner en claro tan negros asuntos. Os lo repito, aunque me oigáis con gestos de asombro; son pocas las conversiones en la hora de la muerte.

—¿Qué queréis que os diga, amigo del alma? En este punto háceseme cuesta arriba pensar que no andáis un tantico exagerado. No es tan crecido el número de los que mueren sin los auxilios de la Religión, aun entre los que durante su vida no se acordaron de cosas de su alma.

—Os comprendo, amigo mío. ¿Lo decís porque son muchísimos los de quien se hace constar en su esquila funeraria aquello de *Habiendo recibido los Santos Sacramentos*?

—Por supuesto.

—Ya lo creía, y perdonad si os digo que os contentáis con muy poca cosa, si tales esquelas tomáis como verdaderos certificados de que se largó realmente de este mundo en toda regla el pobre fallecido.

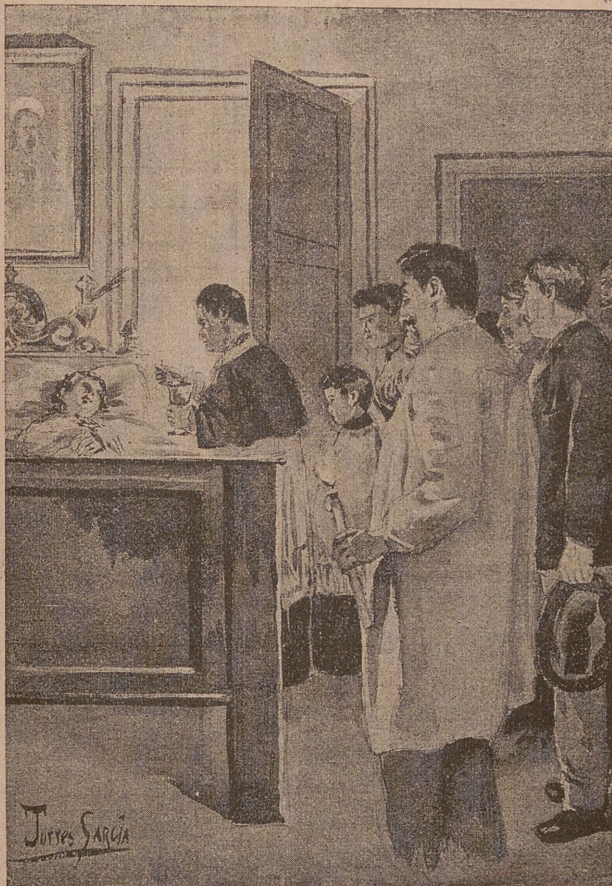
—¿Qué queréis decir con eso?

—Ni más ni menos que lo que digo, y voy á explicarlo más por extenso, para que mejor lo entendáis. Habéis de saber, que los Santos Sacramentos no se aplican eficazmente á un pecador, sin que éste ponga de su parte algo, que es tan esencial como lo que de la suya pone por medio del sacerdote la Iglesia nuestra Madre. En los remedios corporales se da el caso frecuente de que éstos se le apliquen al enfermo, sin que él se dé cuenta de ello. Su estado de inconsciencia no perjudica al efecto de la medicación, porque se trata de una eficacia meramente física. No así en los remedios morales. En éstos hay que contar ante todo con la disposición moral que ha de poner de su parte el propio interesado. Y si el interesado no pone en ello la parte que le corresponde, ó no la pone (reparad bien) del modo debido, no produce efecto alguno el Sacramento, y en algún caso, no llega á haber tal Sacramento. Por donde, puede decirse en algún modo, más de una vez, que se administraron ó se quisieron administrar al enfermo los Santos Sacramentos, pero nó que éste los haya recibido. Pero, en bastantes casos hay ade-

más motivo sobradamente racional, para temer que los Sacramentos dados al enfermo resulten mera ceremonia, y lo que es peor, espantoso sacrilegio.

—Pues ¿cómo tan fácilmente acude la Iglesia con ellos al lecho de cualquier moribundo, si tantas probabilidades hay de que á algunos no han de aprovechar?

—¡Ay, amigo mío! ¡Sería bueno que quisieseis vos ahora hacerle un cargo á la Iglesia por su benignidad y maternal condescendencia para con toda suerte de hijos suyos en la hora suprema! La Iglesia acude presurosa al lecho de muerte del pecador, como el bote de salvamento se echa á la mar siempre que ve luchando con las olas á un pobre náufrago, á quien va á tragar de un minuto á otro el abismo. Va allá con los Santos Sacramentos, que son la última tabla que puede ofrecerle; y por desesperado que sea el caso, como el enfermo no declare *explicitamente* rehusarlos, sea cual fuere lo que en contrario indiquen los antecedentes de su vida, se atiende siempre á la interpretación más favorable, y ofrece su absolución al moribundo, como al que se ahoga se le echa un cabo de cuerda por



TORRES GARCÍA

si logra agarrarse á él. ¿Se aprovechó ó no se aprovechó el infeliz de este supremo auxilio? Es éste el secreto tremendo que el moribundo se lleva á la eternidad, y que nadie, fuera del mismo, sabrá hasta el día del juicio. Lo que sí os diré, es que tales muertes no suelen consolar poco ni mucho al ministro de Dios, que sale casi siempre de la fúnebre estancia, diciendo para sus adentros: «Libreme Dios de tener que contentarme en mi última hora con la absolución que acaba de recibir este desdichado.» ¡Suele ser éste el castigo de las dilaciones y regateos en volver á Dios!

—Bien, pero lo que decís, tiene su fundamento racional cuando el enfermo no se dió cuenta poco ni mucho de que se le absolvía, por hallarse ya como un tronco. Los troncos son, es claro, incapaces de Sacramentos. No sucede, empero, de esta suerte cuando se halla en estado lúcido el moribundo, y ve y oye al sacerdote que se le acerca, y se da cuenta de sus exhortaciones, y sabe que recibe de sus manos la Santísima Eucaristía y la Extremaunción. Y éstos son casos ya más seguros y (contra lo que vos suponéis) de muy consoladora

frecuencia, aun entre gentes que vivieron olvidadas de Dios.

—¿A esos casos me atengo yo, queréis decir?

—Pues es claro.

—No lo veo sino muy turbio, y tan turbio, que para esclarecerlo un poco, prefiero dedicar á ello por entero el próximo capítulo.

VI



QUE no son verdaderas conversiones muchas de las que como tales se quiere aparezcan en la última hora, vos lo sabéis, amigo mío, tan bien

como yo, y lo dejamos en parte demostrado, al tratar de los Santos Sacramentos administrados á quien no tiene ya por su estado capacidad física ni moral para recibirlos.

—Eso doy de barato. Pero quedan todavía muchísimos casos, á los que no puede en manera alguna aplicarse vuestro criterio rigorista.

3.—¿NO ES HORA TODAVÍA?

—¡Libreme Dios, amigo mío, de negar en redondo que tales conversiones *in extremis* puedan ocurrir y ocurran algunas veces! Sin embargo...

—Hablad claro y dejaos de reticencias.

—Sin embargo (iba á decir) creed, amigo del alma, á quien os quiere bien, y por tanto desea no esperéis convertiros por tan extraña manera. Obraréis como cuerdo en exigir para la seguridad de vuestra alma más garantías de las que pueden ofreceros esos cambios de decoración á telón rápido, que ¡creedme! son expuestas á trascendentales equivocaciones. El que se vuelve *de veras* á Dios en la última hora, es de fe que por Dios es admitido al perdón como si hubiese venido á la primera. Lo negro del asunto está en determinar cuando es *de veras* ese volverse á Dios, de que se trata aquí. Porque no parece volver muy *de veras* á Dios el que por sólo acallar la exigencia de una madre ó de una esposa ó de una hermana piadosamente importunas, consiente al fin con más ó menos mal humor en que se acerque á su lecho un sacerdote, y le arranque de los labios, más que del corazón, algunas vagas respuestas á su



caritativo interrogatorio, que es esto lo que sucede en gran número de casos de administración de Sacramentos *á ultima hora*. Hay en ellos frecuentemente más condescendencia humana y vano deseo de no disgustar, que verdadero movimiento de la gracia hacia Dios y detestación del pecado. ¡Detestación del pecado! Esta es la piedra de toque de una confesión verdadera, y hay derecho á sospechar si no existe esta condición esencial en muchos infelices moribundos, á quienes con toda suerte de artificios y de más ó menos suavizadas imposiciones del amor ó de la amistad, hay que llevar como á regañadientes al acto sacramental. ¿Qué queréis? Tranquilizaos vos, si os place, con la esperanza incierta de una conversión de éstas tan poco espontáneas. A mí no me dejan satisfecho, ni creo hayan de dejar muy airosa ante Dios el alma del pobrecito pecador.

—Pero, reconoced que se dan casos.

—¡Cáspita, si se dan! Como se dan otros, por desgracia no menos frecuentes ni menos desastrosos, en que la amistad y el cariño se conjuran, al revés, nó para llevar, cueste ó no cueste, al enfermo á

algo que sea ó parezca confesión, sino para impedírsela á todo trance, aun cuando el desdichado no vacilaría quizá en aceptarla. ¡Cuánto hay de eso en la sociedad de nuestros días! ¡A cuántos de los que aplazan su conversión para la muerte, suele tener en aquella hora como secuestrados y en absoluta incomunicación con Dios y con la Iglesia el falso amor de quienes, por no espantarle (así dicen), no dudan dejarle morir sin preparación alguna para la eternidad! Decid también que son pocos los casos como esos.

—En efecto, algunos son.

—Ahora bien. No seáis necio. Haced ahora, haced hoy, lo que mañana querrá imponeros á correprisa el cariño de los vuestros, sin poderlo lograr por lo menos del modo debido; ó se empeñará en que no hagáis, ni aun á correprisa, aquel mismo cariño. Sálese bien alguna vez de esos comprometidos lances; pero lo común y ordinario es que se salga de ellos muy mal. También sucede que alguien se cura *alguna vez* de grave dolencia, sin haberla medicado poco ni mucho; á pesar de lo cual todo el mundo llamará loco de atar á quien

espere curarse sin aplicación de remedios. Hay fenómenos extraños y raros del orden sobrenatural, como los hay del orden físico; mas ni en éste ni aquél hemos de guiarnos por lo excepcional y extraordinario, sino por lo ordinario y común. Puede Dios con su infinito poder resucitar á un muerto; pero ni vos ni nadie verá tranquilamente que se le vaya á morir uno de los suyos, fiado en la confianza de que Dios bien le puede resucitar. ¿Sería lógico, decid, dejarse sin más ni menos morir, sólo con la esperanza de ser luego resucitado?

—Claro que no.

—Pues eso y no otro hacéis vos, cuando pudiendo salir de vuestro pecado á hora oportuna y con los medios regulares que tenéis á mano, esperáis temerariamente el milagro de una súbita resurrección moral, que el Señor se ha dignado obrar algunas contadas veces, pero que no ha de realizar á cualquier día y á cualquier hora, sólo para no dejar desairada vuestra loca presunción. No, no se dispone así de los milagros, ni de esta suerte se puede contar por mero antojo con ellos. Las leyes ordinarias las suspende Dios alguna que otra

vez para acreditar su carácter de supremo y poderosísimo autor de las mismas. Mas lo corriente es que se acomode la Divina Providencia á las causas segundas, dejando que ellas produzcan por lo regular los efectos, que á cada una respectivamente corresponden. Y á la vida mala ó descuidada corresponde lógicamente muerte pésima, ó nada consoladora, y pare V. de contar. «Lo que sembrare el hombre, eso cosechará,» ha dicho el Espíritu Santo, y confirma la experiencia.

VII



—DARÉCEME, amigo mío, leer en el fondo de vuestro corazón y adivinaros un secreto.

—¿Cuál?

—El de la razón, que os impide hacer ahora mismo el cambio de frente que os anda exigiendo Dios, y que tanto y tanto le andáis vos regateando.

—Explicaos.

—Convencido estáis de lo que hasta aquí



os llevo expuesto, y ni buena ni mala excusa halláis ya que darme. No mi débil argumentación, sino la gracia de Dios, os tiene como tomados y cerrados todos los caminos y no os deja escape decoroso.

—Así parece.

—¿Por qué, pues, decid, no voláis presuroso á los pies del confesor, y no dejáis allí la molesta y pesadísima carga de vuestros pecados, para emprender suelto y libre de ellos nueva y másconsolada vida?

—¿Y éste era todo vuestro secreto, ó por mejor decir, el mío?

—Este, sí, éste es el secreto que me atrevo á arrancar de vuestro seno, para arrojarlo aquí delante de vos y delante de todo el mundo á la vergüenza pública. ¡Es porque sois un cobarde!

—¡Caracoles!

—Cobarde, sí, aunque con apariencias de firme y terco y cabezudo: cobarde y nada más.

—No tanto, por Dios.

—Cobarde, y con la circunstancia agravante de serlo ante un enemigo despreciable y ruín, indigno de que se le haga caso alguno, y mucho menos de que haga

detener en sus resoluciones á un hombre como vos. Este enemigo es el respeto humano.

—Puede que no os falte razón.

—Ved, pues, si sois miserable é infeliz, encogiéndoos y doblando la cerviz ante un enemigo de esta calaña, que no merece sino que se le escupa al rostro y se le quite de en medio con la punta de la bota. El *qué dirán* de vos os espanta; el que se hablará de vos os detiene, el que se ocupen de vos os trae aturdido y miedoso como un niño. Como un niño, sí, amigo mío; como un niño, vos tan hombre y tan serio y tan pagado de consecuencia y formalidad. Teméis el *qué dirán*, ¿y qué pensáis que han de decir de vos, y quiénes han de decirlo, santo varón?

—¿Qué sé yo?

—Por lo que digan los buenos no habéis de pasar ¡por vida de Barrabás! pena ni cuidado alguno. Los buenos, al saber vuestro cambio de vida, se darán y os darán plácemes y enhorabuenas, y gracias mil á Nuestro Señor por veros otra vez en su compañía. Estos se alegrarán con alegría inefable que sólo comprenden los que aman

á Dios y al prójimo como deben amarse. Estos se regocijarán como se regocija el que se encuentra á un antiguo conocido, á quien creía muerto y al que ve en cambio vivo y sano y lleno de robustez. ¿Os disgustaría, amigo mío, que os felicitaran y se congratularan con vos vuestros conocidos, al veros convaleciente y como resucitado después de prolija y grave enfermedad? Pues, éste es nuestro caso, digo, será vuestro caso de hoy, si hoy, hoy mismo, os decidís de todas veras á volver á Dios.

—Pero, ¿y los malos?

—¿Con que os ha de dar más recelo lo que de vos digan los malos, que no lo que hasta hoy hayan podido decir los buenos? Pues, á fe que siempre creí yo que el voto de estos últimos era el que debía tener ante los ojos de toda persona sensata algún mediano valor. Mas ya que os asusta, criatura de Dios, lo que dijeren los malos, oíldo, por vida vuestra, que aquí os lo voy yo á anticipar á fin de quitaros toda aprensión y sorpresa.

—Decid.

—Dirán, en efecto, que sois un tonto, que os habéis dejado engañar por los cu-



ras, que os han vencido las preocupaciones, que el fanatismo os ha vuelto los sesos del revés. En fin, ¿quién no sabe de memoria el repertorio de frases hechas que para tales casos saca á relucir la impiedad? Frases hechas, siempre las mismas por fortuna, y siempre soberanamente majaderas. Advirtiendo que muchos que las sueltan por esa boca, son hipócritas de nuevo género, que fingen desprecio de lo mismo que tal vez aplauden y envidian en el fondo de su corazón. Sí, que no es tan raro hoy día, sino muy frecuente, el tipo del valentón que blasfema y niega á Dios por defuera, sintiendo en su alma no tener el valor que tienen otros para reconocer y confesar aquello mismo que él niega y blasfema. ¡Ah! ¡Cuántos de éstos que se reirán y mofarán tal vez de vuestra conversión, os admirarán en sus adentros, sintiéndose inferiores á vos en valor y entereza!

—Puede que sí.

—Reíos, pues, de quien de vos se ría, y burlaos de quien de vos se burle, que el asunto no admite ni merece, á fe, otra solución. ¡De los reidores ó mofadores de hoy podréis bien prometeros consuelo en

vuestra última hora, si les hacéis algún caso á sus burlas y necedades! Así ha de pensar y así ha de tomar las cosas en lancés tales todo hombre formal. Mas si de veras sucediese que alguien de peso y valer, ó que parece tenerlo á vuestros ojos, os reprochase vuestro cambio de conducta y os sonrojase por él y os llegase á poner con eso en alguna vergüenza y confusión... ¡ay! amigo mío, levantad entonces vuestra consideración á mayor altura, y no ya como hombre sesudo y reflexivo, sino como verdadero y fiel cristiano, afrontad valeroso esta gloriosa ignominia y tenedla por el más rico florón de vuestra bella corona de convertido. Pues que, ¿no le debéis algo á Cristo Dios, que por vos y por alcanzaros la gracia de la conversión que ahora os ofrece, se dejó escupir y abofetear y coronar de espinas? ¿no os sentís con ansia de poder hacer por El algún linaje de sacrificio de vuestra honra humana, á cambio de las veces mil con que habéis herido y vilipendiado vos la suya divina? y ¿quién sabe si eso espera El de vos como la más preciada señal de que sois de veras suyo, que tal indudablemente es el haber merecido la gloria de padecer algo por su causa?

—Tenéis razón.

—¿Y no pensáis por otra parte que por los escándalos y pésimos ejemplos que en vuestra pasada vida habéis dado, debéis también á vuestros hermanos alguna forma de reparación? ¿No veis que con eso os depara Su Divina Majestad el medio más excelente de que la deis á todos tan cumplida como se necesita? Mirad que si se burlan los incrédulos por veros, por ejemplo, en la iglesia oyendo Misa, y recibiendo con fervor los Santos Sacramentos, con ello y aceptándolo con cristiana serenidad, repararéis en algo el mal que hicisteis cuando de eso os burlabais vos y affigiais con vuestras sátiras á vuestros hermanos. Mirad que si se os mofan porque no concurrís á sus juergas y francachelas, con ello pagáis y satisfacéis el mal ejemplo que disteis cuando erais antes el más solícito concurrente á ellas. Mirad que si os apodan por ahí de neo, beato, fanático y santurrón, con ello expiáis las muchas veces que tal vez os permitisteis contra personas dignísimas estos viles y villanos apodos. Consolaros debe el que permita el Señor se os cobre aquí la deuda en parecida moneda; ahorrándoos de

esta suerte el que os exija más terrible el pago la divina justicia en su severo tribunal. Tomadlo á buena cuenta, y consentid que os imponga penitencia por este medio, que no es sino muy suave y muy llevadera en comparación de la que os merecisteis y su bondad os conmutó.

—¡Vaya! no tengo que oponer á vuestro raciocinio.

—Pues obrad de conformidad con él. ¡Ea! Es ésta la hora de Dios, y quizá la que no ha de pasar otra vez para vuestra alma. ¡Crucificado le tenéis ahí, subido en alto como para veros de lejos, extendidos los brazos en ademán de pedir los vuestros, abierto y sangrando el pecho para daros entrada en su Corazón! ¿Tendríaislo vos para hacer esperar de esta suerte un instante más á vuestro amosísimo Redentor?

Sabadell, 1896.

A. M. D. G.